

men responder: «A la verdad sería de nuestro deber ir á consolar á los infestados, pero ninguno de nosotros tiene bastante valor para hacerlo. Suplicamos al concilio que nos perdone nuestra debilidad, cuando Dios no nos ha concedido la gracia de vencer y de afrontar el peligro con la intrepidez necesaria, á reserva de Mateo Geneston, el cual ofrece ir *si la suerte se decide por él.*» Al retirarse decían entre sí: «Iriamos más bien al diablo.»<sup>1</sup> En lugar de animar á sus *dignos sacerdotes*, el arzobispo de Ginebra, Calvino, se impuso la prohibición de ir á visitar el hospital pestilencial. Entre dos religiones que inspiran sentimientos tan diferentes, es fácil decidir cuál es la buena.

La campana de la estación vino á sacarnos del lazareto. En ménos de una hora estuvimos en Monza. La antigua *Modoetia*, situada á doce millas de la capital, nos llamaba para enseñarnos los ricos tesoros de su basílica. La tradición repite así el origen de Monza: Teodolinda fué inspirada para edificar una iglesia, pero no sabía dónde colocarla. Un día en que cansada de la caza descansaba bajo los grandes árboles de Monza, una paloma se acerca á ella y la dice: *Modo*, «Al punto,» y la reina responde: *Ethiam*, «Sí.» E inmediatamente manda poner manos á la obra, y *Modoetia*, nombre latino de Monza, repite de generación en generación las dos palabras creadoras.

En la iglesia colegial de San Juan Bautista se conserva, entre otras reliquias insignes, la famosa corona de hierro, cuya historia y cuyo origen es necesario referir. El año 325, Santa Elena visitando la Palestina encontró no solo la Cruz del Salvador, sino también los cuatro clavos con que el Rey de los reyes fué clavado al

Extr. de los registros del consejo de Estado de la república de Ginebra, 1735 á 1792; fragm. 1º, Mayo de 1543, p. 10.

trono de su amor. La piadosa emperatriz quiso que aquellas insignias de la dignidad real divina sirviesen de adorno y de defensa al emperador su hijo y á los Césares sus sucesores. Uno de los clavos fué colocado en la diadema de Constantino, otro en el freno de su caballo de batalla. Aquellos clavos fueron religiosamente guardados en Constantinopla, en donde estaban todavía á mediados del siglo sexto. En 550, se ve al Papa Vigilo hacer el juramento sobre aquellos monumentos venerables, en presencia del emperador Justiniano, de condenar los escritos de Teodoro de Mopueste. Treinta y seis años más tarde dejaban el Oriente con San Gregorio, para venir á aumentar el inmenso tesoro de reliquias y de monumentos sagrados que Roma formaba con tanta perseverancia, que conserva con tanto cuidado y que muestra con un orgullo tan legítimo á sus amigos como á sus enemigos.

Mientras San Gregorio se sentaba en la cátedra de Pedro, adonde le habían elevado sus virtudes y sus talentos, no lejos de Roma una jóven reina subía al trono temido de los Lombardos; ésta era Teodolinda. Hija del rey de Barreira, esposa de Agilulfo, fué en Italia para su marido y para su pueblo, lo que Clotilde fué en la Galia para Clovis y sus Francos; lo que Adebberge en Inglaterra, lo que Ingonda en España, es decir, el apóstol de su nación, á quien tuvo la dicha de sacar del arrianismo y llevarla á la verdadera fe. En testimonio de su paternal satisfacción, San Gregorio hizo un presente á la piadosa reina, del clavo contenido en la diadema de Constantino. Teodolinda lo colocó con un trozo considerable de la verdadera Cruz, enviado por el mismo Pontífice á la iglesia de Monza.

En aquella época Monza no era más que un simple castillo en donde los reyes lombardos, cuya capital era Pavia, iban á

pasar la buena estación. Desde que fué enriquecido con tantos tesoros divinos, lo consideraron ese castillo como el paldium de su imperio. Lo que era el tabernáculo del Arca de la alianza para los Israelitas, Monza lo llegó á ser para los Lombardos. De allí el nombre de *Paldium* y de *Oraculum* que tiene en nuestras cartas. Al morir Teodolinda dió todas las riquezas de que acabo de hablar, y otras más, á la basílica de Monza, edificada por su piedad. La acta ó la copia de la acta de donación, se encuentra en la cubierta de oro de un manuscrito conservado en Monza y que Mabillon ha publicado en su *Iter italicum*. De cada lado se lee la inscripción siguiente:

EX. DONIS. DEL. DEDIT.

THEODELEND. REG.

IN BASELEGA. QVAM. FVN. —

DAVIT. IN MODOECIA.

JVXTA. BALATIVM. SVVM.

«La reina Teodolinda hizo donación de los bienes que Dios la dió á la basílica que fundó en Modoecia cerca de su palacio.»

Con el fin de perpetuar la elocuente costumbre á la cual la emperatriz Santa Elena destinó el clavo que había atravesado al Rey de los reyes, Agilulfo y Teodolinda lo mandaron colocar en la corona de los reyes lombardos y fueron los primeros en llevar en sus frentes aquella sagrada diadema. Contando desde aquella época, se ve á sus sucesores y después á los emperadores de Alemania ir á tomar á Monza la Corona de Hierro y recibir, al tomarla, el título de reyes de Italia. El primer emperador, cuya cabeza fué adornada con esta augusta diadema, fué Carlomagno; y el penúltimo Napoleon. 1 La

1 Carolum Magnum, victo Desiderio rege, per archiepiscopum mediolanensem corona ferrea redimi voluisse, atque ut ita apud posteros observaretur instituisse.

ceremonia de la coronación se hace siempre por el arzobispo de Milan. Los antiguos anales dicen que tiene este privilegio por el mismo Papa San Gregorio.

Dos obstáculos retardaron durante algún tiempo la visita del Tesoro. A nuestra llegada se hacia el ejercicio del catecismo de Perseverancia; la iglesia estaba llena de gente. Cuando acabó el oficio fué necesario tener las llaves de la santa capilla, que depositadas en muchas manos, fueron reunidas difícilmente. Este retardo nos permitió visitar la iglesia en todas sus partes. La fachada está adornada con dos estatuas de San Juan Bautista y con dos medallones de mármol que representan á Teodolinda y á Agilulfo. Todo el interior está pintado al fresco. La capilla, á la izquierda del altar mayor, posee un cuadro del siglo décimoquinto (1444) que representa los cofres preciosos abiertos en presencia de la reina Teodolinda y de su hijo el rey Adwaldo, del arzobispo de Milan y de un gran número de prebostes y de señores de la corte. Algunos de los personajes tienen en sus manos vasos sagrados y la Cruz; á la cabeza de ellos marcha San Gregorio Magno llevando una corona real semejante á la corona de Hierro. Este cuadro traduce y completa un monumento precioso que habíamos visto en la metrópoli de Milan; quiero hablar del mosaico del siglo nono colocado en el lado izquierdo la gran ábside y que representa al arzobispo dando la corona de Hierro á los reyes lombardos. Estas dos pinturas demuestran, de una manera auténtica, el origen, la historia y el uso de la corona de Hierro.

Por fin llegaron las llaves. En el tesoro

«Dícese que Carlomagno, después de vencido el rey Desiderio, quiso redimirse con la corona de Hierro por medio del arzobispo Milanés de Modoecia é instituyó que en adelante se observase lo mismo por sus sucesores.—Signon, De Regno Ital., lib. IV.»

de la sacristía vimos el manuscrito de que he hablado, la magnífica copa de onyx, donativo de San Gregorio, la más grande que se conoce; el soberbio peine de marfil de Teodelinda, engastado en un adorno de filigrana de oro enriquecido con esmeraldas; en fin, la taza de bronce dorado que contiene una gallina rodeada de siete polluelos de plata sobredorada, emblema de la bienhechora princesa, que se ocupaba en la felicidad de siete provincias que componían su reino. Otros dos objetos todavía más venerables atrajeron nuestra atención. El primero es la carta autógrafa de San Gregorio Magno á Teodelina, en la cual el Soberano Pontífice describe á la princesa las reliquias que la envía con Juan su legado. Esta carta está en papyrus y en dos columnas separadas por una guirnalda de pequeñas flores. El segundo es la Cruz *del Reino*, que se suspendía del cuello de los reyes lombardos cuando se celebraba su coronación. Esta es una cruz griega de oro, cuyos brazos, del largo de dos pulgadas, están enriquecidos con piedras preciosas y reunidas por un magnífico zafiro.

De la sacristía se nos condujo á la iglesia. En la capilla de la derecha del altar mayor se guarda la corona de Hierro con muchas reliquias insignes. El precioso tesoro está encerrado en un soberbio armario colocado encima del altar. La Corona de Hierro se compone de dos partes. Una interior y otra exterior. La primera es el clavo mismo de la Pasión. Este clavo está aplastado y forma una lámina circular de cerca de seis líneas de ancho y una de longitud, suficiente para rodear la cabeza de un hombre; la segunda es la diadema propiamente dicha. El clavo está engastado en una corona de oro enriquecida con esmaltes y con veintidos piedras finas de diferentes colores; su altura es de cerca de veinte líneas, y forma un simple círcu-

lo ó venda sin pequeños listones para fijarla, sin rayos ni cimera en la parte superior, tres signos de remota antigüedad. Viéndola de cerca, se admira uno de la palidez y de la pureza del hierro interior exento de la menor mancha de mohó, aunque la corona estuvo largo tiempo oculta en lugares húmedos, para librarla de las rapiñas y profanaciones; consecuencias inevitables de las numerosas guerras que han desolado á la Italia.

Mirando por última vez aquella preciosa reliquia colocada entre un pedazo considerable de la verdadera Cruz, una parte de la vara, de la esponja, de la columna y del santo sepulcro, se pregunta uno: ¿por qué los reyes y los emperadores han querido, á cualquier precio, adornar sus frentes con aquella antigua Corona, cuya magnificencia está lejos de igualar á la de las modernas diademas? El hombre racional está obligado á responder que todos los siglos han reconocido en la Corona de Monza algo de sagrado y divino; que los jefes de las naciones cristianas han mirado como un honor insigne el llevar en sus cabezas, aunque fuese un solo instante, la diadema santificada por la sangre del Rey de los reyes; que la religión ha querido, concediéndoles este privilegio, recordarles el origen del poder y el uso que deben hacer de él, así como la cuenta que del mismo tienen que dar. Por su parte en la conducta humanamente explicable de todos aquellos monarcas que ven en sus coronas un instrumento de suplicio, el cristiano no puede dejar de admirar una prueba más de la divinidad de Aquel que ha cambiado las ideas, las costumbres, las leyes y las preocupaciones del universo. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase sobre la Corona de Hierro la sabia disertación de Fontanini, prelado doméstico de Clemente XI. *Roma*, 1717. Esta obra, contra la cual vienen á estrellarse los razonamientos de M. Robulziasius Gironi, comienza con estas palabras: "Quiud adhuc quævis examen, quod jam

Quando salimos de la iglesia encontramos en la plaza un grupo considerable de habitantes y de hombres del pueblo que conversaban juntos. En la multitud estaba un anciano todavía robusto, que se vino derecho á nosotros y nos dijo en buen frances: "Salud á mis compatriotas;—¿Sois pues, Frances?—Sí.—¿Qué haceis en este país?—Vivo tranquilamente con mis casas rentas.—¿Desde cuándo habeis dejado la Francia?—Habitó en Monza hace cuarenta años. Yo formaba parte del ejército al Italia; estaba en Marengo; fuí herido; me quedé en el país y me he establecido; pero ¡habladme de la Francia! Al decir estas palabras nos tendió afectuosamente la mano; su rostro se animaba y se encendía á algunas de nuestras palabras; en fin, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y nos dijo estrechándonos de nuevo la mano: "Ya lo veis, me he convertido en Italiano sin dejar de ser Frances!"

"A tous les caurs bien nes que la patrie est chère."

"Para todos los corazones bien nacidos la patria es siempre querida."

Visitamos en seguida el pequeño seminario. A diferencia de otras diócesis de Italia, Milan reúne en casas separadas á los teólogos y á los filósofos. El establecimiento de Monza como edificio es muy hermoso y pasa por muy notable bajo el aspecto de los estudios. Por mi sistema que se parece un poco al de Mettray ó al de Petit Bourg, los dormitorios sirven al mismo tiempo de salas de estudio. Acabábamos de recorrerlos cuando nos anunciaron la salida del tren de las cinco; fué necesario bajar á toda prisa á la estación. Lo digo con pena; cuando se establezcan

factum est apud Apostolicam sedem." "Para qué buscas el examen que está sino el ya hecho ante la sede Apostólica;" y acaba con estas: "Desinat incessere novitas vetus tatem." "La novedad deja adelantarse á la antigüedad."

los caminos de fierro dejará de existir el clásico cochero; se irá de Génova á Venecia en un día; las mil bellezas de la naturaleza y de las artes pasarán ante los ojos como sombras chinescas; se viajará no para ver, sino para llegar. Esto vendrá á ser un viaje por Italia.

### 13 DE ABRIL

Arrosales.—Pavía.—Puente.—Cuerpo de San Agustín.—Universidad.—Colegio Borromeo.—Campo de batalla.—Cartuja.

A las cinco de la mañana salimos para Pavía. Una llanura monótona, de cerca de seis leguas de longitud separa á Milan de la antigua capital de los Lombardos. Se la recorre por un soberbio camino que costea constantemente el *Naviglio*, gran canal de comunicacion entre el Milanésado y el Adriático. En medio de los árboles y de los campos cultivados se dibujan numerosos arrosales; era el momento de la siembra. Los hombres llevando á guisa de aspa un gran saco de arroz y cubierta la cabeza con un ancho sombrero de paja y las piernas desnudas, arrojaban la semilla en un terreno profundamente humedecido y hasta cubierto de agua algunas pulgadas. ¿Era esto para obedecer á la prescripción del cantor de las *Geórgicas*? *Nudus ara, sere mudus*. <sup>1</sup> Lo ignoro; lo que parece infalible es que semejante operacion debe llevar al resultado indicado por el fin póstumo del verso Virgiliano: *Habebis frigora, fribres*. "Tendréis frios." Como quiera que sea, el cultivo del arroz es una de las principales riquezas de la Lombardía y del Piamonte. La Europa, segun se dice, lo debe á un Holandés que llegó de las Gran-

<sup>1</sup> Ara cuando se puede arar desnudo Y siembra por el mismo modo y arte,